I. FENOMENOLOGIA DE NUESTRA CULTURA EN "CIEN AÑOS DE SOLEDAD" DE GABRIEL GARCIA MARQUEZ*

1. Macondo, nuestro símbolo

Como el título mismo lo indica, se trata de mostrar los rasgos más característicos de nuestra cultura latinoamericana. Y nada me ha parecido mejor, en mi intento de mostración fenomenológica, que centrar mis análisis en la novela de Gabriel García Márquez, **Cien Años de Soledad** (CAS).

Hasta hace pocos años (la primera edición de CAS es de 1967), MACONDO era apenas una palabra que identificaba una finca en las cercanías de Aracataca y también un término, posiblemente de origen africano, con el que los habitantes de la región se referían a la parte de tierra más pantanosa, pestífera e insidiosa del municipio costeño. En virtud del genio creador de GGM, este punto insignificante y su nombre se ha convertido en símbolo significante no sólo de Aracataca y de la Costa Atlántica colombiana, sino también de Colombia entera y de América Latina universa. Sobre esta sobresignificación del término, escribe Mario Vargas Llosa, uno de los más conspicuos analistas de la obra de GGM, lo siguiente:

"En los paisajes de Macondo está apresada toda la naturaleza de América: sus nieves, sus cordilleras, sus desiertos, sus cataclismos. También sus dramas aparecen refractados en la vida política y social de Macondo: la historia de la compañía bananera y su presidente, el ufano Mr. Brown que viaja en un tren de cristal y terciopelo, sintetiza el drama de la explotación colonial de América y las tragedias que engendra. No todo es magia y fiesta erótica en Macondo: un fragor de hostilidades entre poderosos y miserables resuena tras esas llamaradas y estalla a veces en orgía y sangre. En los desfiladeros y en los páramos de la sierra de Macondo, hay, además, esos ejércitos que se despedazan y se buscan interminablemente, una guerra feroz que diezma a los hombres y malogra el destino del país, como ocurrió y ocurre todavía en muchos puntos de América".

---

* Conferencia dictada el 14 de diciembre de 1978, en el **Seminario sobre Cultura Popular**, Bogotá, USTA-CED.

Efectivamente, GGM nos muestra en su novela, como en una especie de auto sacramental, la parábola de nuestro mundo latinoamericano de principio a fin, en nacimiento, vida, pasión y muerte. Macondo no es Amerindia, sino la América Latina mestiza condenada a quinientos años de dependencia, insularidad y soledad, que lucha por abrirse camino a la historia, pero que hasta hoy le es negada con nuevas formas de dependencia y colonialismo. Macondo es nuestro signo y símbolo total, desde un primer momento genesíaco en el que el mundo era tan reciente que muchas cosas carecían de nombre y, para mencionarlas, había que "señalarlas con el dedo" (CAS, 9) hasta el Apocalipsis final en que Macondo queda reducido "a un pavoroso remolino de polvo y escombros centrifugado por la cólera del huracán bíblico" (CAS, 350). ¿Qué quiso significar GGM con el arrasamiento de Macondo? Sabemos que la muerte es el término de la parábola de la vida humana, aunque creemos que después de la muerte tenemos una segunda oportunidad. Sabemos también que las culturas, como el hombre mismo, nacen, se desarrollan y mueren. Pero hay algo más, y es que Macondo pierde su estado de inocencia original, corrompido por el demonio del poder y por el poder corruptor del dinero. ¿Cómo extrañarnos entonces de que su creador se llene de santa ira y decida finiquitarlo? También nosotros pensamos que Macondo debe morir en lo que tiene de negativo, de mentira, de sumisión, de brutalidad como condición necesaria para el advenimiento de una tierra nueva y un cielo nuevo. ¿Cómo es el viejo Macondo, ciudad de los espejos o espejismos, al que GGM niega "una segunda oportunidad sobre la tierra"? (CAS, 351).

2. Naturaleza y cultura

Es habitual no sólo distinguir, sino también contraponer, el mundo de la naturaleza y el mundo de la cultura. Rickert define la naturaleza como el conjunto de lo nacido por sí, oriundo de sí, entregado a su propio crecimiento. Una roca, un árbol, un organismo animal, los ríos, el clima son cosas naturales. Cultura, en cambio, es todo objeto al cual hay incorporado algún valor o toda institución o actividad que tienden a un valor. En tal sentido, un cultivo, unas edificaciones, una máquina, las instituciones sociales y políticas, las ideas científicas, las expresiones artísticas, las tradiciones, el folklore, las leyendas y mitos, las prácticas morales y religiosas, en una palabra: todo lo que hace el hombre y el modo como lo hace es cultura. Es claro entonces que no puede haber cultura sin hombre ni grupo humano sin cultura. Cada grupo conforma su propio mundo cultural, a cuyo abrigo y de cuyas mediaciones viven cuantos forman parte de él.

A poco que se reflexione salta a la vista, sin negar que el hombre sea el único agente de una cultura, que ésta se tipifica y caracteriza, en buena medida, por la base geográfica. No puede ser lo mismo una cultura de desierto que una de selva, una cultura de altiplano que una de costa, una cultura polar y otra tropical. La cultura la hace el hombre, pero la hace desde la naturaleza.

Geográficamente Macondo nace en la selva tropical, "paraíso de humedad y silencio" (CAS, 17); en vecindades de ciénagas y pantanos "cubiertos de una eterna nata vegetal" (CAS, 17); a orillas de un río cuyas aguas, desde la próxima sierra, "se precipitaban por el

lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos" (CAS, 9); bajo un sol sofocante por cuyo poder hasta "las bisagras y las aldabas se torcían de calor" (CAS, 28); donde la vegetación se ve "crecer ante los ojos" (CAS, 17).

La selva ha sido uno de los grandes mitos de la novelística latinoamericana. Es el caos primigenio que hay que someter, domesticar y humanizar para hacer posible la vida humana y la cultura. Medio hostil al cual se enfrenta el hombre como a un desafío. Indudablemente, la naturaleza americana es bravía, extremosa, abrupta, inestable. ¿Habrá que echar la culpa de nuestro subdesarrollo al tipo de naturaleza que nos ha cabido en suerte o, según algunos piensan, en desgracia? Así lo pensó Hegel: "Ni la **zona cálida** ni la **fría** son suelo abonado para que en ellas se desarrollen pueblos importantes en la historia universal. . . Los extremos no son favorables para el desarrollo espiritual. . . El hombre se mantiene en estas zonas harto embotado; la naturaleza lo deprime; no puede por tanto separarse de ella, que es lo que constituye la primera condición de una cultura espiritual elevada. La violencia de los elementos es demasiado grande, para que el hombre pueda vencerlos en la lucha y adquirir poderío suficiente para afirmar su libertad espiritual frente al poder de la naturaleza. El hombre necesita de la naturaleza para sus fines; pero cuando la naturaleza es demasiado poderosa, no se ofrece al hombre como medio. Por eso las zonas cálida y fría no son el teatro de la historia"[1].

En respuesta a Hegel y a tantos otros que, incluso aquí en América, han acudido a esta teoría para explicar nuestro subdesarrollo y marginalidad, hay que afirmar que la naturaleza, aun con todos sus rigores, es una inmensa fuente de recursos y posibilidades. A Macondo no lo perdió la naturaleza selvática, insular, pero al fin y al cabo pródiga, sino otros factores que como avalancha desencadenaron sobre él todos los males, no permitiéndole tener un desarrollo normal, propio, desde sí mismo. Es lo que intentamos mostrar.

3. Cultura y palabra

Nacer, culturalmente, es venir al mundo de la palabra. El hombre hace las cosas suyas apalabrándolas. En el Génesis, principio absoluto de las cosas, al tiempo que Dios las crea, las nombra: y llamó a la luz "día", a la oscuridad "noche", al firmamento "cielo", a lo seco "tierra" y a las aguas "mares" (Gén. 1). También Adán "puso nombre a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo" (Gén. 2). En Macondo el mundo "era tan reciente que muchas cosas carecían de nombre y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo" (CAS, 9). Hasta el propio mundo en cuanto tal carecía de nombre. ¿Cómo se llamará este nuevo mundo? En medio de la selva, José Arcadio Buendía soñó una noche que allí se levantaba una ruidosa ciudad con casas de paredes de espejos: "preguntó qué ciudad era aquella, y le contestaron con un nombre que nunca había oído, pero que tuvo en el sueño una resonancia sobrenatural: Macondo" (CAS, 28). Tampoco los sucesivos nombres de nuestro continente han sido fruto de una decisión nuestra, sino la

1. HEGEL, b, 163-164.

resonancia de un eco: Indias, América, Latinoamérica. Es el problema de no tener palabra propia, o el de la palabra perdida que GGM ha dramatizado mediante el alucinante mito de la enfermedad del insomnio y el olvido, la primera de las plagas que van a azotar a Macondo.

Llega un momento, según dicho mito, en que en Macondo nadie puede dormir. Pero, "cuando el enfermo se acostumbraba a su estado de vigilia, empezaban a borrarse de su memoria los recuerdos de la infancia, luego el nombre y la noción de las cosas, y por último la identidad de las personas y aun la conciencia de su propio ser, hasta hundirse en una especie de idiotez sin pasado" (CAS, 44).

¿Será que, cuando GGM escribió el anterior párrafo, intentó un diagnóstico de uno de los grandes traumas de América? América, una vez descubierta, fue dominada y sometida a un proceso de transculturación violenta y rápida, traumatizante: no se respetaron las culturas aborígenes, las tradiciones del pasado o "recuerdos de la infancia", las lenguas cuyas palabras dan noción de las cosas. En tal derrumbe de la primera memoria histórica y de la palabra aborigen, no es extraño que se desplomara la conciencia de la propia identidad y del propio ser, y que los pueblos amerindios cayeran "en una especie de idiotez sin pasado".

Cumplida la transculturación colonial, ya no podemos pensar en poner en retro a la historia y dar marcha atrás para repristinarla y restaurarla en su pureza aborigen, porque la historia es un tren que no regresa y "toda primavera antigua es irrecuperable" (CAS, 339). Hoy somos Macondo, es decir Latinoamérica. Estamos empeñados en consolidar y afirmar nuestra nueva identidad bio-culturalmente mestiza: indo-afro-latina. Por ello, es necesario traer a la nueva palabra (a la conciencia actual, sin palabra no hay conciencia) nuestro pasado, para potenciar, junto a nuestra raíz latina, todas las vigencias y las viejas savias que aún circulan por el cuerpo social de nuestro profundo y complejo mundo latinoamericano. Y debemos también prevenirnos contra nuevas formas de imperialismo que podrían colonizarnos de nuevo ideológicamente y hacernos perder nuestra nueva y difícilmente ganada identidad y personalidad histórica.

Es conmovedora la lucha de los habitantes de Macondo contra la enfermedad del olvido. Cuando éste empieza a raer los nombres y las utilidades de las cosas de su memoria, el viejo patriarca "con un hisopo entintado marcó cada cosa con su nombre: mesa, silla, reloj, puerta, pared, cama, cacerola; fue al corral y marcó los animales y las plantas: vaca, chivo, puerco, gallina, yuca, malanga, guineo" (CAS, 49). Como hoy, que para vender más o aparecer más interesantes estamos "engringando" las calles con nombres personales y marcas comerciales exóticas. Renunciar a la palabra propia es tener vocación de esclavo, exilarnos de nuestro propio mundo. En Macondo todos los nombres son castizos. Pero hay más: estudiando y tratando de prevenir las infinitas formas de olvido, los habitantes de Macondo caen en cuenta de que bien puede suceder, cuando la enfermedad progrese, que reconozcan las cosas por sus inscripciones (lenguaje escrito), sin recordar su utilidad. Entonces fueron más explícitos: "El letrero que colgó en la vaca era una muestra ejemplar

de la forma en que los habitantes de Macondo debían luchar contra el olvido: **ésta es la vaca, hay que ordeñarla todas las mañanas para que produzca leche y la leche hay que hervirla para mezclarla con el café y hacer café con leche**" (CAS, 49). Aunque nos haga reír, el letrero nos recuerda que otro de los grandes olvidos es el que se refiere a las utilidades de las cosas. ¡Cuántas utilidades estamos desmemoriando, hechizados y colonizados por productos transnacionales que no siempre son mejores que nuestras viejas recetas y formas de hacer las cosas! La memoria histórica de las utilidades es tan importante como la memoria de las palabras. "Así, prosigue GGM, continuaron viviendo en una realidad escurridiza, momentáneamente capturada por palabras, pero que había de fugarse sin remedio cuando olvidaran los valores de la letra escrita. En la entrada del camino de la ciénaga se había puesto un anuncio que decía **Macondo**, y otro más grande en la calle central que decía **Dios existe**. En todas las casas habían escrito claves para memorizar objetos y sentimientos" (CAS, 47). En últimas, se puede perder todo, pero no se puede desterrar de la memoria de los hombres el nombre del mundo al que se pertenece y esa ventana abierta a la esperanza que sintetiza el nombre de Dios. Una cultura sin memoria de sí y sin esperanza se deshace en el sinsentido o se deja devorar. La dimensión trascendente en nuestro mundo latinoamericano nos la da el catolicismo. A propósito de su importancia escribe Octavio Paz: "Gracias a la religión el orden colonial no es una mera superposición de nuevas formas históricas sino un organismo viviente. . . Por la fe católica los indios, en situación de orfandad, rotos los lazos con sus antiguas culturas, muertos sus dioses tanto como sus ciudades, encuentran un lugar en el mundo. . . Se olvida con frecuencia que pertenecer a la fe católica significaba encontrar un sitio en el Cosmos. . . El catolicismo le hace reanudar sus lazos con el mundo y el trasmundo. Devuelve sentido a su presencia sobre la tierra, alimenta sus esperanzas y justifica su vida y su muerte"[2]. Es verdad que el catolicismo de Macondo es una forma de religión social, formalista y un tanto mágica, pero pese a todas sus deformaciones, mantiene vivo el sentido de la trascendencia, elemento esencial de nuestro mundo latinoamericano.

4. Ciencia y técnica ¿al servicio de quién?

A este mundo primitivo, aislado, genesíaco, "aldea feliz donde nadie era mayor de treinta años y donde nadie había muerto" (CAS, 16), llegan traídas por Melquíades y sus gitanos muestras de los últimos inventos de la ciencia: el imán, los catalejos, la lupa, mapas, cajas de dientes, la máquina de fabricar hielo, etc., etc. Es interesante ver la reacción de sorpresa y espejismo que frente al hecho tecnológico asume Macondo: "En el mundo están ocurriendo cosas increíbles, dice el patriarca José Arcadio Buendía, mientras que nosotros seguimos viviendo como burros" (CAS, 15). El desespero por poner a Macondo en contacto con los grandes inventos precipita a los macondianos a un difícil viaje a través de la selva hacia el norte invisible. Ursula, convencida de la teoría de un Macondo rodeado por todas partes de aguas de incomunicación, se lamenta: "Nunca llegaremos a ninguna parte. Aquí nos hemos de podrir en vida sin recibir los beneficios de la ciencia" (CAS,

2. PAZ, 92.

19). Más terco e iluminado que su mujer, el patriarca anima a los suyos en el difícil peregrinaje "con la promesa de un mundo prodigioso donde basta echar unos líquidos mágicos en la tierra para que las plantas dieran fruto a voluntad del hombre, y donde se venderían a precio de baratillo toda clase de aparatos para el dolor" (CAS, 19).

Como en el Macondo ficción, en la América Latina real hemos descendido, en un abrir y cerrar de ojos, del cocotero al automóvil; o hemos subido, medio aturdidos, del mulo al avión. La civilización técnica no se ha gestado y desarrollado al interior de nuestro mundo, como sucedió en Europa y Estados Unidos del Norte. Ha llegado a nosotros por invasión, sin que todavía hayamos podido asimilarla plenamente y controlar el aluvión de productos que desde fuera se nos imponen.

Muchos años después, cuando pasadas las guerras civiles, Macondo era ya un municipio activo y próspero, "vieron hechizados el tren adornado con flores que por primera vez llegaba con ocho meses de retraso. El inocente tren amarillo que tanta incertidumbre y evidencias, y tantos halagos y desventuras, y tantos cambios, calamidades y nostalgías había de llevar a Macondo" (CAS, 193).

Y con el tren va llegando, en sucesivos viajes, una segunda generación de aparatos técnicos no tan inocentes como los llevados en demostración por Melquíades y sus gitanos, apenas fundado Macondo. En el segundo viaje Aureliano el Triste importa la planta eléctrica "a cuyo obsesionante tumtúm costó tiempo y trabajo acostumbrarse" (CAS, 194). Poco después aparece el cinematógrafo poniendo a llorar a los macondianos "por fingidas desventuras de seres imaginarios" (CAS, 194) cuando ya tenían bastante con llorar las propias. Llegó el gramófono de cilindros a alborotar la calle prohibida y, como consecuencia de tanto adelanto, llega un buen día "un tren de putas inverosímiles, hembras babilónicas adiestradas en recursos inmemoriales, y provistas de toda clase de ungüentos y dispositivos para estimular a los inermes, despabilar a los tímidos, saciar a los voraces, exaltar a los modestos, escarmentar a los múltiples y corregir a los solitarios" (CAS, 177); GGM se dejó en el tintero: "y descrestar económicamente a los campesinos de la región y a los extraños". Estaban "los habitantes de Macondo en un permanente vaivén entre el alborozo y el desencanto, la duda y la revelación, hasta el extremo de que ya nadie podía saber a ciencia cierta dónde estaban los límites de la realidad" (CAS, 175). No habían acabado de asimilar lo anterior, cuando llega el teléfono y el télegrafo. ¿De dónde venía y a dónde iba todo este aluvión de progreso técnico?

Sin darles tiempo para reflexionar y reaccionar, llega un día el ufano Mister Jack Brown en un vagón de cristal y terciopelo, y revoloteando junto a él, como aves de mal agüero, una nube de abogados vestidos de negro, amén de agrónomos, hidrólogos, topógrafos, agrimensores, etc. Como por arte de birlibirloque, el pueblo se transmuta "en un campamento con casas de madera y techos de zinc, poblado por forasteros que llegaban de medio mundo en el tren, no sólo en los asientos y las plataformas sino hasta en el techo de los vagones" (CAS, 196). Los gringos, después, llevaron sus mujeres a la ciudad opulenta construida al otro lado del ferrocarril, "cercada por una malla metálica, como un

gigantesco gallinero electrificado que en los frescos meses del verano amanecía negro de golondrinas achicharradas" (CAS, 197). En medio de este colosal trastorno, la Compañía Bananera estaba ya firmemente asentada y, con ella, "la región encantada que José Arcadio Buendía y sus hombres habían atravesado buscando la ruta de los grandes inventos" (CAS, 199) quedaba convertida en grandes avenidas de bananos. "Se vio al señor Brown en el primer automóvil que llegó a Macondo –un convertible anaranjado con una corneta que espantaba a los perros" (CAS, 206)– ir y venir de un lado para otro. "Miren qué vaina nos hemos buscado, solía decir ingenuamente por entonces el Coronel Aureliano Buendía, no más que por invitar a un gringo a comer guineo" (CAS, 198). Hasta pensó en rearmar a sus muchachos, pero era ya demasiado tarde para acabar con el colonialismo de la Compañía que, para colmo de males, se hacía presente en todas partes bajo mil formas de corrupción: alcaldes sin iniciativa, jueces decorativos, sicarios de machete, criminales invisibles, aturdimiento en el juego, embrutecimiento en la bebida y prostitución: "La calle de los Turcos, enriquecida con luminosos almacenes de ultramarinos que desplazaron los viejos bazares de colorines, bordoneaba la noche del sábado con las muchedumbres de aventureros que se atropellan entre las mesas de suerte y azar, los mostradores de tiro al blanco, el callejón donde se adivinaba el porvenir y se interpretaban los sueños y las mesas de fritangas y bebidas, que amanecían el domingo desparramadas por el suelo, entre cuerpos que a veces eran borrachos felices y casi siempre curiosos abatidos por los disparos, trompadas, navajinas y botellazos de la pelotera" (CAS, 194).

Esta es, señores, la increíble y triste historia del colonialismo desalmado de la Compañía Bananera y su Cándida Eréndira, que en este caso son tantos pueblos de América, las **Banana's Republics**, convertidos de la noche a la mañana en "ciudades de los espejos (o los espejismos)" (CAS, 351), es decir, de los sueños alienantes, de las expectativas defraudadas, de la pobreza generalizada y del vicio campante y rapante. ¿Habrá que renunciar a la ciencia y a la técnica o, más bien, a un sistema de explotación para el que sólo cuentan los indicadores económicos de las grandes empresas monopolísticas, el capital extranjero asociado y el lujo y opulencia de los menos frente a la explotación y pobreza de los más? ¿Resolvió algún problema la Compañía en Macondo o los agravó todos?

La respuesta al interrogante la podemos encontrar en la terrible masacre en que termina la huelga de los trabajadores que piden condiciones mínimas de vida y que dejó miles de muertos según los más, pero según la verdad oficial ninguno; en la huida del señor Brown, quien "enganchó en el tren su suntuoso vagón de vidrio y desapareció de Macondo con los representantes más conocidos de su empresa" (CAS, 255); en el diluvio que hiperbólicamente dura "cuatro años, once meses y dos días" (CAS, 267); en el desmantelamiento posterior de las instalaciones de la Compañía apenas escampa; en la sequía subsiguiente provocada, como el antecedente diluvio, por el desequilibrio de las leyes ecológicas; en "el viento profético que años después había de borrar a Macondo de la faz de la tierra" (CAS, 280). La novela de GGM, sin ser un melodrama al uso en otros novelistas, es una novela social que, como escribe Vargas Llosa, "sintetiza el drama de la explotación colonial en América y las tragedias que engendra". Es también una novela de una fuerte intencionalidad política.

5. El poder ¿para qué?

El símbolo del poder institucionalizado es el Estado. ¿Qué experiencia se tiene en Macondo del poder, de la política? La respuesta que hemos encontrado a esta pregunta en CAS resume un poco la experiencia que el pueblo ha tenido del poder, no sólo en Colombia, sino creo que también en América Latina. GGM muestra al estado como un poder: conflictivo, partidista y parcializado. Conflictivo, es decir, que lejos de solucionar problemas, los origina. Partidista, porque es monopolizado por el partido de turno en el poder, el azul o el rojo, versus el otro. Y parcializado, porque cualquiera sea su color, está siempre de parte de los intereses creados de los poderosos y, en definitiva, en contra del pueblo. Vayamos por partes en esta mostración.

Como una premonición de lo que vendría después, llega a Macondo Don Apolinar Moscote, "una autoridad que mandó el gobierno" (CAS, 54). Alquiló un cuartito con puerta a la calle, puso una mesa y una silla y "clavó en la pared un escudo de la república que había traído consigo, y pintó en la puerta un letrero: **Corregidor**" (CAS, 54). El pueblo está a la expectativa, pues había podido vivir en paz sin la presencia de la autoridad central. La primera disposición del Corregidor fue "ordenar que todas las casas se pintaran de azul para celebrar el aniversario de la independencia nacional" (CAS, 54). Estalla el conflicto:

– ¿Con qué derecho?, le interpela José Arcadio Buendía.
– He sido nombrado Corregidor de este pueblo.
– Aquí no hay nada que corregir. . . De modo que si usted se quiere quedar aquí, como otro ciudadano común y corriente, sea bienvenido. Pero si viene a implantar el desorden obligando a la gente a que pinte su casa de azul, puede agarrar sus corotos y largarse por donde vino.
– Quiero advertirle que estoy armado, replica el Corregidor.

Todos sabemos cómo siguió el conflicto: José Arcadio Buendía pone a Moscote sobre sus pies en el camino de Ciénaga; vuelve a la semana siguiente protegido por soldados; José Arcadio Buendía, a nombre de la comunidad, acepta que siga como Corregidor, pero bajo dos condiciones: "La primera: que cada quien pinte la casa del color que le dé la gana. La segunda: que los soldados se vayan enseguida. Nosotros le garantizamos el orden" (CAS, 56).

El conflicto en este caso se origina por una orden partidista, evidentemente injusta, al identificar la nacionalidad con un color. Posteriormente, la autoridad se normaliza y consolida por la unión de Aureliano con Remedios, hija del Corregidor. Pero llegan las elecciones y con éstas, nuevas arbitrariedades: hacen presencia en Macondo, pueblo sin pasiones políticas, seis soldados al mando de un sargento y "no sólo llegaron, sino que fueron de casa en casa decomisando armas de cacería, machetes y hasta cuchillos de cocina, antes de repartir entre los hombres mayores de veintiún años las papeletas con los nombres de los candidatos conservadores y las papeletas rojas con los nombres de los candidatos liberales (CAS, 88), sólo para guardar apariencia de legalidad; "porque había en la urna casi tantas papeletas rojas como azules, pero el sargento dejó diez rojas y completó la diferencia con azules" (CAS, 89). El pueblo se indigna, no tanto por el resultado de las elecciones, sino sobre todo, por "el hecho de que los soldados no hubieran devuelto las armas" (CAS, 89). Cuando un grupo de mujeres reclama, al menos, los cuchillos de las cocinas, se enteran de "que se habían llevado las armas decomisadas como prueba de que los liberales se estaban preparando para la guerra" (CAS, 89). La guerra fratricida estalla en toda la república como respuesta a la violencia institucionalizada. Aureliano Buendía pasa a ser el Coronel "que promueve treinta y dos levantamientos armados y los pierde todos" (CAS, 92). Todo para nada. Macondo quedó durante la guerra, del lado liberal, bajo el despotismo de Arcadio, "el más cruel de los gobernantes que hubo nunca en Macondo" (CAS, 95). Liberales fusilan a conservadores y éstos a los liberales. "Las casas pintadas de azul, pintadas luego de rojo y luego vueltas a pintar de azul, habían terminado por adquirir una coloración indefinible" (CAS, 111) al terminar la guerra. El otrora gran héroe liberal, Coronel Aureliano Buendía, es señalado por los dirigentes liberales de la nación, que en aquel momento estaban negociando una participación en el parlamento, "como un aventurero sin representación de partido"; y el Gobierno nacional conservador, a su vez, "lo asimiló a la categoría de bandolero y puso a su cabeza un precio de cinco mil pesos" (CAS, 116). Todo se torna turbio, equívoco, escurridizo. La guerra degenera en guerrilla cuando ya no les interesa a los políticos del partido. Entonces, se sigue fusilando, no ya a nombre de un partido, sino a nombre de la revolución: "No te fusilo yo, te fusila la revolución", le dice el Coronel Aureliano a su compadre, el General Moncada, universalmente estimado en Macondo. Todo termina con la capitulación de las guerrillas en Neerlandia, exigida por los políticos, a cambio de unas condecoraciones, que el Coronel no acepta y de unas pensiones a los combatientes de las guerras civiles que el Estado promete, pero que nunca cumple. Al advenimiento de la paz, el estado conflictivo y partidista se transforma en estado defensor de los intereses creados, cuando se instala en Macondo la Compañía Bananera. Pese a la indignación general, ni el Coronel ni nadie "habría podido mover los enmohecidos hilos de la rebelión. . . contra un régimen de corrupción y de escándalo sostenido por el invasor extranjero" (CAS, 210). Esta vez, la lucha va a ser sindical, laboral, pero va a adquirir caracteres dantescos de masacre por culpa de un estado que, lejos de apoyar las justas reivindicaciones de los obreros, defiende hasta las últimas consecuencias a la compañía extranjera. "La inconformidad de los trabajadores se fundaba esta vez en la insalubridad de las viviendas, el engaño de los servicios médicos y la iniquidad de las condiciones de trabajo. . . Los médicos de la compañía no examinaban a los enfermos sino que los hacían pararse en fila india frente a los dispensarios y una enfermera les ponía en la lengua una píldora de color de piedralipe, así tuvieran paludismo, blenorragia o estreñimiento. . . Los obreros de la compañía estaban hacinados en tambos miserables. Los ingenieros, en vez de construir letrinas, llevaban a los campamentos, por Navidad, un excusado portátil para cada cincuenta personas y hacían demostraciones públicas de cómo utilizarlos para que duraran más (CAS, 255). Los abogados, con su "delirio hermenéutico" (CAS, 256), no solucionaban ningún problema; los tribunales supremos de justicia demostraron que las reclamaciones de los trabajadores carecían de toda validez "porque la Compañía Bananera no tenía, ni había tenido nunca ni tendría jamás trabajadores a su ser-

vicio" (CAS, 256), sino reclutas ocasionales con carácter temporal.

Estalló la huelga, como antes la guerra. "Los trabajadores, que hasta entonces se habían conformado con esperar, se echaron al monte sin más armas que sus machetes de labor y empezaron a sabotear el sabotaje. Incendiaron fincas y comisariatos, destruyeron los rieles para impedir el tránsito de los trenes que empezaban a abrirse paso con fuego de ametralladoras, y cortaron los alambres del telégrafo y teléfono. Las acequias se tiñeron de sangre. El señor Brown, que estaba vivo en el gallinero electrificado, fue sacado de Macondo con su familia y las de otros compatriotas suyos y conducidos a territorio seguro bajo la protección del ejército" (CAS, 257). Después vino la masacre en la plaza de la estación: "Estaban acorralados, girando en torbellino gigantesco que poco a poco se reducía a su epicentro porque sus bordes iban siendo sistemáticamente recortados en redondo, como pelando una cebolla, por las tijeras insaciables y metódicas de la metralla" (CAS, 260). En viaje nocturno pasó el tren "con los muertos hombres, los muertos mujeres, los muertos niños, que iban a ser arrojados al mar como banano de rechazo" (CAS, 260). Pese a tantas y tales evidencias, "la versión oficial, mil veces repetida y machacada en todo el país por cuanto medio de divulgación encontró el gobierno a su alcance, terminó por imponerse: no hubo muertos, los trabajadores satisfechos habían vuelto con sus familias, y la compañía bananera suspendía actividades mientras pasaba la lluvia" (CAS, 263).

Moraleja: El poder ¿para qué o para quién?

6. Valores y disvalores en Macondo

Un mundo cultural cualquiera no sólo se compone de ecología o naturaleza, de industrias que le permiten al hombre apropiarse y tener cosas, de instituciones que condicionan positiva o negativamente su vida, sino también de valores o disvalores, tales como prácticas sociales, costumbres y creencias últimas que dan sentido a la vida. Los hombres y mujeres de Macondo viven y reflejan algunos valores y disvalores característicos de este tipo de sociedad que, en algún modo y grado, es la sociedad latinoamericana. Por ello y para terminar de presentar nuestra **Weltanschauung** o cosmovisión de Macondo, tal como la encontramos descrita en CAS de GGM, vamos a hacer un breve resumen de sus virtudes y defectos, valores y disvalores.

Empecemos por los valores.

La virtud cardinal de los macondianos, tal como se refleja en la casa de los Buendía, resumen de Macondo, es sin duda, **la hospitalidad**. La capacidad de alojamiento y de aceptación, aun de personas que poco o nada tienen que ver con la familia e incluso con Macondo, sobrepasa todos los límites normales.

Nunca se cierran las puertas ni a propios ni a extraños. Allí caben y conviven todos: sirvientes, hijas de crianza, bastardos, esposas legítimas e ilegítimas, gitanos, amigos, huéspedes desconocidos: todos reciben las atenciones de Ursula y Santa Sofía de la Piedad, to-

dos sienten el calor del hogar. Un día llega desde Manaure una niñita de unos once años, enviada por no se sabe quién. Sin más averiguaciones, y sin que la huérfana sepa explicarlo, es recibida y aceptada como una hija más, junto a Amaranta, con el nombre de Rebeca. El talego de los huesos de su supuesto padre, que traía la niña consigo, lo guardan en la casa "en espera de que hubiera un lugar digno para enterrarlos" (CAS, 43), puesto que aún no había cementerio en Macondo. Hasta los muertos se aquerencian a este hogar singular y por él andan, como Pedro por su propia casa, las sombras de los muertos de la familia y hasta la de Prudencio Aguilar y Melquíades el gitano. Otro día, Meme, que estudiaba en la capital, se apareció con cuatro monjas y sesenta y ocho compañeras de clase, a quienes "invitó a pasar una semana en familia, por propia iniciativa y sin ningún anuncio" (CAS, 223). La casa de los Buendía alcanza el punto más alto de su prodigalidad con el cenit de su prosperidad, cuando llega la segunda oleada de emigrantes atraídos por la Compañía Bananera: "La casa se llenó de pronto de huéspedes desconocidos, de increíbles parranderos mundiales y fue preciso agregar dormitorios en el patio, ensanchar el comedor y cambiar la antigua mesa por una de dieciséis puestos"... "Hay que hacer de todo, decía Santa Sofía de la Piedad, porque nunca se sabe qué quieren comer los forasteros" (CAS, 198).

Claro que GGM hiperboliza así virtudes como vicios. Pero fuera de toda hipérbole, hay que reconocer que la hospitalidad y el acogimiento es uno de los valores fundamentales de nuestra Costa y, en mayor o menor medida, del campesinado y de las clases populares en nuestras ciudades, donde más y mejor se conservan las esencias de Macondo. Las relaciones personales, el cara-a-cara amistoso, sin ceremonias ni prevenciones, el trato abierto y generoso, virtudes muy americanas, están simbolizadas en la casa de los Buendía, siempre abierta y pródiga. Si, a manera de contrapunto, se me preguntara cuál es el más grave defecto o disvalor de las gentes de Macondo, yo diría que el machismo de sus hombres. El varón es ante todo amo y señor del mundo exterior donde trabaja, se enriquece, guerrea, decide andanzas y aventuras. La mujer queda relegada a las tareas de la casa como barrer, cocinar, bordar y hacer otros trabajitos útiles. No obstante, en la casa la mujer manda y es reina y señora de sus hijos. Pero el machismo, más que en esta división de tareas y reinos, está en las dos medidas que se aplican: el hombre tiene absoluta libertad sexual. Parece normal que tenga además de esposa, amantes oficiales, queridas o simples amoríos en la calle prohibida. La mujer que se respete, la mujer "señora", tiene, además de serle fiel al marido, que tolerar sus malos pasos y hacerse cargo a veces de la prole paterna resultante aquí o allí. Como macho que es, para el hombre, amor significa por lo general ir derecho al asunto. GGM ha pintado muy bien el modo de ser "desbraguetado" y primario que, por lo general, caracteriza al **homo macondianus**. Sin embargo, hay que reconocer como tanto positivo en las relaciones hombre-mujer un ambiente de frescura y naturalidad aún no enturbiado por los infinitos miedos y tabúes que enturbian el amor y cubren con el velo de la vergüenza las fuentes de la vida en otras culturas más desarrolladas. En cualquier caso, la fiesta erótica y el ejercicio de la sexualidad en el Macondo patriarcal no se podrían interpretar como una degeneración, tomando como norma ciertas pautas rigoristas de euromoral teológica o filosófica, sin tener en cuenta la confluencia del ancestro amerindio y africano en la moral católica de carácter hispano. Condenar, en estas circunstancias, es

muy difícil. La superación de los aspectos negativos tiene que ser obra de un largo proceso de educación. En el caso, empero, de la prostitución, la bebida y el parrandeo organizado a la sombra de la explotación de la Compañía Bananera, para sonsacar al trabajador las ganancias, "en un pueblo convulsionado por la vulgaridad con que los forasteros despilfarran sus fáciles fortunas" (CAS, 217), creo que es problema del sistema mismo de explotación corrupto y corruptor.

Si de las costumbres pasamos al sentido mismo de la vida en los hombres de Macondo, advertimos cierta dualidad. Por una parte, una iglesia católica cuyos representantes oficiales se dedican casi exclusivamente a administrar sacramentos, "cristianizar a circuncisos y gentiles, legalizar concubinarios y sacramentar moribundos" (CAS, 77), más como ritos mágicos o formalidades sociales, que como signos de una renovación cristiana de la vida. Este formalismo implica la construcción de grandes templos. El padre Nicanor, cansado de predicar en desierto, emprendió "la construcción de un templo, el más grande del mundo, con santos de tamaño natural y vidrios de colores en las paredes, para que fuera gente desde Roma a honrar a Dios en el centro de la impiedad" (CAS, 77). Fuera de este carácter ceremonial y social, la iglesia no deja sentir su influencia en la vida si no es en cuanto instrumento de la política. Durante las guerras civiles, Arcadio "recluyó al padre Nicanor en la casa cural, bajo amenaza de fusilamiento y le prohibió decir misa y tocar las campanas como no fuera para celebrar las victorias liberales" (CAS, 95). En el fondo, liberales y conservadores, son lo mismo, fuera de que unos van a misa de ocho y otros a la de once. En la vieja lógica, los conservadores serían los buenos y los liberales los malos. Pero nadie entiende esta lógica, ni siquiera Ursula en sus hijos: "Qué raros son los hombres, se pasan la vida peleando contra los curas y regalan libros de oraciones" (CAS, 110). El propio padre Nicanor comenta cuando en la guerra, un cañonazo conservador le tumba la torre de la iglesia: "Esto es un disparate: los defensores de la fe de Cristo destruyen el templo y los masones lo mandan componer" (CAS, 119). Lo que hay en estos casos es una manipulación política de la religión: "pedían, al terminar la guerra, renunciar a la lucha contra la influencia clerical para obtener el respaldo del pueblo católico" (CAS, 147).

Pero entreverada con la religión oficial, es evidente en Macondo, en sus gentes, una religiosidad popular con gran sentido de la trascendencia, hasta el punto de que el mundo y el trasmundo conviven sin unas fronteras precisas. La muerte es un viaje casi normal hacia un nuevo estado, más que hacia un nuevo sitio. Los muertos viven a su manera y participan en la vida y preocupaciones de los vivos. La muerte de los personajes de GGM es con frecuencia una despedida hermosa, como la ascensión de Remedios la bella, o la muerte del patriarca acompañada de "una llovizna de minúsculas flores amarillas" (CAS, 125), o el deceso de Amaranta a quien la muerte le había advertido que zarparía "sin dolor, ni miedo, ni amargura, al anochecer del día en que terminara" de fabricar el lienzo-mortaja (CAS, 238). La familiaridad de Amaranta con los ritos de la muerte, escandaliza a Fernanda, quien le reprocha que "no entendiera las relaciones del catolicismo con la vida, sino únicamente sus relaciones con la muerte, como si no fuera una religión, sino un prospecto de convencionalismos funerarios" (CAS, 236).

¿Cómo es Macondo? Hemos tratado de responder a esta pregunta dentro de los límites que el espacio (no el tema) nos impone. Macondo es un mundo tan vasto, profundo y alucinante como nuestra América Latina real y verdadera. Este ensayo es apenas una invitación a seguir leyendo a GGM a niveles cada vez más profundos.